

CAPITULO XXVI.

Un asesinato.

UN general Casanova, que según se dijo entonces, era un español protegido de Osollos, fué el que se quedó en Guadalajara como gobernador y comandante militar de Jalisco por parte del gobierno tacubayista, con amplísimas facultades en hacienda y guerra. En frente de ese gobierno, es decir, no muy en frente, sino en Sayula, según antes hemos dicho, también con parecidas facultades ejercía el poder don Pedro Ogazón, nombrado gobernador por don Benito Juárez. Desde que se presentaba en campaña don Santos Degollado como ministro de la guerra, la gerarquía de Ogazón quedaba limitada á lo civil, pero con la obligación de ayudar en cuanto pudiera á la organización militar.

A Casanova le había dejado Osollos tres cuerpos de infantería, dos de caballería y más de veinte cañones, no llegando su ejército, sin embargo, apenas á unos mil y

quinientos hombres, con los cuales estaba obligado á defender la plaza de todo ataque exterior y á emprender operaciones contra cuantos se levantaran ú opusieran no solamente en el propio departamento sino en los limitrofes, teniendo al efecto facultades de engrosar sus fuerzas hasta donde fuera necesario por medio de la leva ó de los enganches voluntarios que no se acostumbraron entonces ni han llegado á acostumbrarse ahora todavía.

Aunque se vió bien claro que una guarnición de mil quinientos hombres, poco más ó menos, era insignificante no sólo para una plaza de la importancia de Guadalajara, sino para extender su acción á otros Estados, se tenía mucha fé en dos circunstancias: Primera, en que don Carlos Rivas, los Tovar y otros muy adictos á la causa de la religión prestarían auxilios eficaces al nuevo gobierno en el Occidente del Departamento. Segunda, en que los nacionales y grupos de hombres armados que en pequeña escala habían salido huyendo para el Sur, se desbandarían luego que se encontraran aislados y sin recursos ó que alguna fuerza regular pudiera salir en su persecución. Con ese propósito se destacaron algunas partidas mandadas por un tal Piélagos y un tal Monayo, oficial del ejército el primero y jefe de acordada el segundo, ambos muy aptos para la guerra de albazos y encrucijadas.

Pedro Ordóñez, que según se había dicho en Santa Ana, unido con Landa se había dirigido á Guadalajara para pedir una autorización de guerrillero, no la había conseguido por falta de méritos, de edad y de recomendaciones; pero se habían aceptado sus servicios y se había agregado como sargento á las fuerzas de Piélagos que se había mandado á expedicionar por los rumbos de Cocula y Ahualulco del Mercado.

Naturalmente por esos rumbos en los pueblos que iban tocando las fuerzas de Piélagos y Monayo, que ascendían á unos seiscientos hombres, no encontraron á ningún enemigo que combatir, y lo único que hacían era amedrentar á la gente pacífica ocupándoles sus casas y sus propiedades, pues tenían la idea de que cada población, cada hacienda, cada ranchería, era terreno conquistado al enemigo, sobre el cual podían ejercer la más despótica autoridad, tomar alojamientos gratis y hasta acaparar caballos y semillas en la cantidad que se les antojara, poniendo de paso autoridades á su gusto, para lo cual también estaban facultados.

Aunque las dos partidas de hombres armados que mandaban aquellos dos fascinerosos, Piélagos y Monayo, habían salido separadamente, llegaron á encontrarse en una hacienda situada entre Ahualulco y Tequila, en la cual se habían prometido hallar un buen botín de armas y caballos preparado para el enemigo, según denuncia que se les había hecho. Entonces fué cuando Pedro, que tenía cierto trato social y que era admitido por esa circunstancia á alternar con sus jefes, dijo á Piélagos y á Monayo:

—Si de botín se trata, aquí tenemos cerca á un enemigo del gobierno, de cuya persona y bienes podemos disponer sin ningún escrúpulo, porque hasta ha sido gobernador de Jalisco con los puros.

—¿Quién es él? preguntó Piélagos.

—Es el doctor Ignacio Herrera y Cairo.

Monayo, que debía muchos servicios personales á aquel doctor y que tenía la conciencia de que permanecía tranquilo en su hacienda, precisamente porque fiaba en el hombre de las armas que ya antes le había dado toda cla-

se de seguridades, Monayo, decimos, cambió de color y dijo luego:

—El doctor Herrera y Cairo hace mucho tiempo que no se mete en nada.

—Tan se mete, observó Pedro con marcada enquina, que si vamos allá no dejaremos de encontrarnos algunos elementos de guerra destinados para servir al enemigo.

—Nada perdemos con ir allí y ver lo que encontramos, agregó Piélagos con viveza como si fuera ya un golpe que tuviera bien premeditado.

—Pues iremos, dijo Monayo que no quería hacerse sospechoso; pero como yo he tenido amistad con el doctor me quedaré en la cuadrilla.

Desde aquel momento Piélagos se ocupó en recoger datos con todos cuantos encontraba á su paso respecto del doctor, los cuales demostraban que era muy liberal, muy inteligente y hasta cierto punto temible como partidario, porque era enérgico, astuto, valiente y desprendido del dinero cuando se trataba de gastar en favor de su causa.

—Pues creo que es un buen golpe el que vamos á dar, decía Piélagos á Pedro sin ocuparse ya gran cosa de Monayo, y estoy cierto de que lo que hagamos será aprobado en Guadalajara.

Y como si se tratara de dar una sorpresa al enemigo, ocultaron su marcha, saliendo en dirección del Sur y variándola después al Oeste, al amanecer, para seguir caminando en la noche á fin de llegar por la madrugada á la hacienda de la Providencia en donde vivía muy tranquilo el doctor Ignacio Herrera y Cairo, como que era hombre que cansado ya de la política, á la cual había consagrado las energías de su juventud, se había retirado de

ella para ser agricultor y curar gratis á todas las personas de las fincas y poblaciones vecinas que lo necesitaban.

Cuando los trabajadores empezaron á salir para el campo muy á la madrugada, vieron con sorpresa que la casa de la hacienda estaba rodeada de gente armada, y dos jefes en la puerta esperando que ésta se abriera para entrar, no sin que se hubieran encerrado ya en una troje á cuatro ó cinco rancheros que se habían encontrado por allí cerca, montados y armados con *machete*, según la costumbre.

Dicho y hecho, á eso de las cinco de la mañana un criado abrió la puerta, y entonces entraron al corredor Piélagos y Ordóñez con cuatro soldados escogidos. Los que se quedaban rodeando la casa, recibieron orden de no dejar entrar ni salir á nadie.

Piélagos dijo al criado:

—Anda y dí á tu amo que aquí lo buscan unos amigos.

—Señor, le contestó el criado muy humildemente, el señor doctor salió anoche á una curación y volvió muy tarde. Ahora está durmiendo.

—Despiértalo.

—Mandó que no se le despertara.

—Entonces lo despertaré yo: dime dónde está.

El criado, lleno de zozobra, indicó la habitación en que el doctor estaba descansando. Se acercó Piélagos, y con la empuñadura de la espada dió varios golpes secos y repetidos.

—¿Quién es? preguntó la voz del doctor.

—Amigos.

—Pues si son amigos, déjenme dormir un poco más.

—Enemigos, dijo entonces Piélagos con coraje.

—Yo no tengo enemigos, contestó el doctor riéndose, pero en fin, voy á levantarme. Espérenme un momento.

Piélagos aconsejó á Pedro que amartillara su pistola, y á los soldados les ordenó, que sin hacer ruido, prepararan sus fusiles.

Unos minutos después, el doctor á medio vestir abrió la puerta y se hizo á un lado para no recibir el aire de frente, pues la luz era escasa todavía á esas horas.

Los seis hombres se precipitaron en el dormitorio, empuñando las armas en actitud amenazadora.

Al ver esto el doctor Herrera y Cairo, quiso precipitarse á coger su pistola que estaba en la cabecera de su cama; pero ya Pedro se había adelantado, apoderándose de ella lo mismo que de tres armas más que estaban en el rincón de la pieza, de las cuales dos eran escopetas de caza.

—¿Usted es el doctor Herrera y Cairo? preguntó Piélagos.

—¿Me explicarán ustedes qué significa todo esto? preguntó el doctor á su vez, sin poderse dar cuenta de que tal invasión se hiciera á aquellas horas en su habitación, sin tener sobre ella ningunos antecedentes.

—Esto significa, señor, contestó Piélagos con la voz temblorosa, pues siempre la actitud digna de un hombre inocente impone, que nosotros hemos sido enviados aquí para sorprender una conspiración.

—Una conspiración?

—Sí.

—Pero usted ve que estoy solo y me levanto de la cama.

—Si no la hay ahora, la ha habido, continuó dicen-

do Piélagó. Tenemos datos ciertos de que se han celebrado aquí algunas reuniones numerosas y de que hay ocultos elementos de guerra.

—Ah! ¿de manera que ustedes pertenecen á alguna fuerza enviada á catear la hacienda?

—Yo soy el jefe de las tropas, pertenezco al gobierno restaurador de las garantías establecido en Guadalupe y . . .

—Viene usted á restaurar aquí las garantías, continuó diciendo el doctor Herrera y Cairo con tono algo sarcástico.

Piélagó levantó la cabeza altivamente porque era orgulloso, y dijo ya en un tono resuelto:

—Basta ya de explicaciones que no necesitamos dar, porque nosotros somos soldados y cumplimos con una consigna, de manera que vístase pronto y dispóngase á seguirnos.

—Muy bien, señor . . . ¿qué graduación tiene usted?

—Soy el teniente coronel Piélagó.

—Muy bien, señor teniente coronel, en este momento soy con ustedes.

Entonces Piélagó, Pedro y los hombres se salieron al corredor, por supuesto con todo y las pocas armas que se habían encontrado.

Estando fuera, el primer jefe dijo al segundo:

—¿Conoce usted esta hacienda?

—No la conozco, contestó Pedro; pero adivinando las intenciones de Piélagó agregó: ya he mandado que se asegure á toda cuanta gente haya, hombres ó mujeres, y que se registren minuciosamente todos los rincones, porque á no haber duda, según las noticias, debemos encontrar aquí algún parque y algunas armas.

El doctor Herrera, según había ofrecido, se vistió pronto, salió y dijo á los que estaban en el corredor:

—Estoy á las órdenes de ustedes.

Piélagó se quedó un momento pensativo y luego dijo:

—Vamos á dar dos ó tres horas de descanso á la tropa para que almuerce, y en seguida nos pondremos en marcha. Entre tanto, en la pieza de la finca que usted elija, se quedará con una guardia.

—Me es indiferente cualquiera, contestó Herrera y Cairo.

—Entonces aquí.

Y Piélagó escogió un extremo del corredor en donde no había ninguna puerta. Allí se colocó una silla en que se sentó Herrera estoicamente, rodeado de un grupo de soldados mandados por Pedro, que, bajo la responsabilidad del jefe de la fuerza, funcionaba ya como subteniente.

—¿De manera que estoy preso? preguntó el doctor.

—Solamente mientras se hace un registro de la hacienda, contestó Piélagó.

Este dió media vuelta, ordenó los servicios que debían hacerse, que se dispusiera el rancho de la tropa y él personalmente fué á continuar el cateo que dió por resultado, como era natural, que se encontraran algunos fusiles para defensa de la finca y alguna correspondencia que el dueño de ella mantenía con algunos de sus amigos liberales en que le daban noticias de la situación, lamentando muchos de ellos su retraimiento.

Como lo que se buscaba á todo trance, era un pretexto cualquiera, aquello poco que se encontró, sirvió para formar el cuerpo del delito, y en esa virtud Piélagó di-

jo desde lejos al oficial que estaba al frente de la guardia encargada de la custodia del preso:

—Queda el señor rigurosamente incomunicado.

Herrera y Cairo oyó con extrañeza aquella orden, pero se conformó con encogerse de hombros y murmurar de manera que lo oyeran algunos de los que lo rodeaban:

—Esto sí que es bastante misterioso.

Luego que la tropa comió, Piélagos, después de coger lo mejor que se encontró en la hacienda para sí y para sus soldados, dió la orden de marcha.

Cuando la tropa estuvo lista, montó él á caballo, y como había mandado que se ensillara uno de los propios caballos del doctor Herrera y Cairo, dijo á Pedro:

—Haga usted que monte el preso en su caballo y seguirá con la misma fuerza custodiándolo.

—Pero señor, dijo entonces el doctor, ¿no se me permitirá despedirme de mi familia?

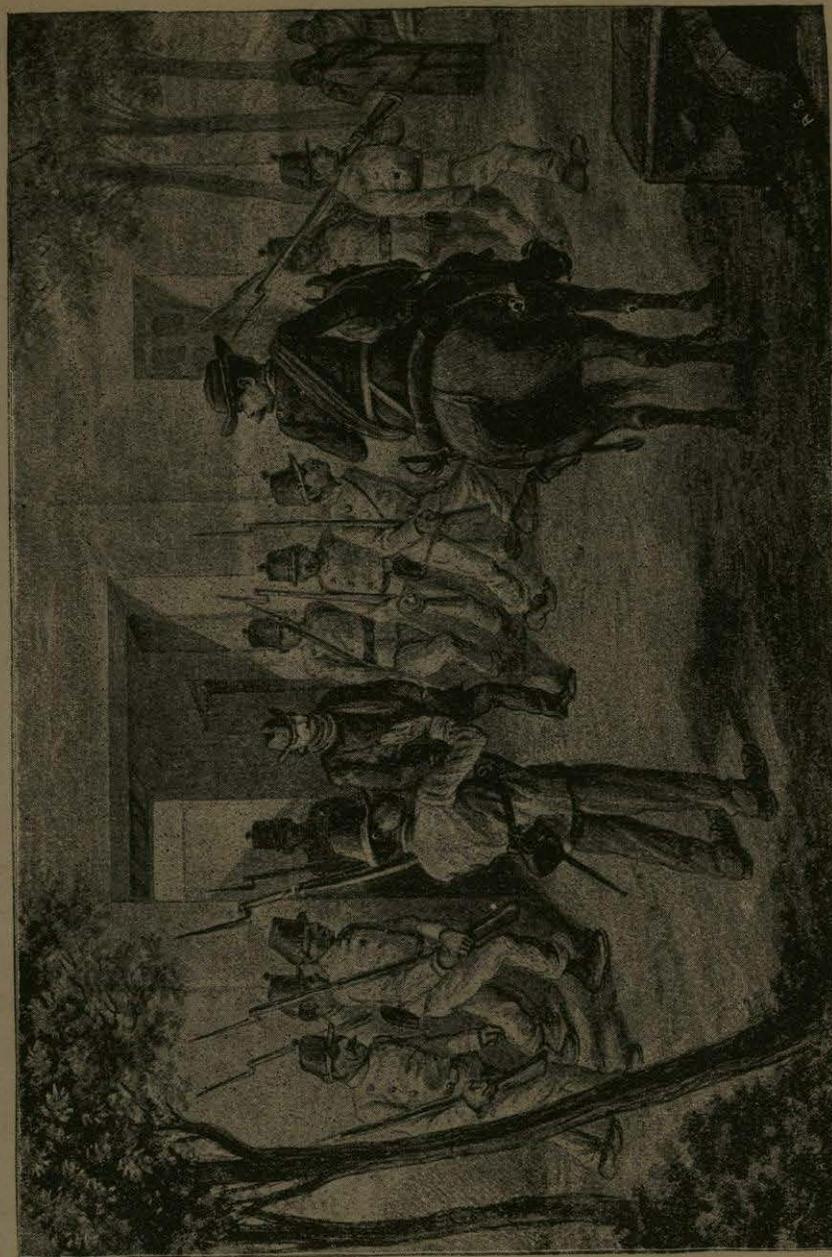
—¡Silencio! gritó Pedro Ordóñez, se encuentra usted incomunicado.

La familia había sido encerrada en otro departamento, y sólo cuando salieron los últimos soldados que estaban dentro de la hacienda, fué cuando se oyeron primero sollozos y luego gritos de desesperación.

A nadie se permitió que siguiera al preso, y el mismo Piélagos dijo á los criados que se hacían cruces viendo todo aquello:

—He dado la orden de que se haga fuego á cualquiera que venga á seguirnos.

Por la tarde llegó Piélagos con su fuerza y con el preso á la población de Ahualulco del Mercado, tomando allí cuarteles y alojándose en la casa principal que pertenecía al coronel don Tomás Ramírez Lazo. Allí mismo fué ence-



Aprehensión del Doctor Herrera y Cairo.

rrado el doctor Herrera en un cuarto, con centinela de vista y bajo la vigilancia del subteniente Pedro Ordóñez, que mandó poner á un lado de la puerta un catre de campaña.

Esto pasaba el 17 de Mayo.

Cuando se esparció entre los vecinos de Ahualulco, la noticia de que había llegado preso el doctor Ignacio Herrera y Cairo, como éste era allí muy querido por sus obras benéficas, se produjo la alarma consiguiente. Piélagó hizo saber á algunos de los principales vecinos que se le presentaron, haciendo gestiones en favor del prisionero, que sólo se trataba de una medida preventiva ó cuando más de una multa de cinco mil pesos que se impondría por toda pena al culpable, pues que tenía pruebas evidentes de que aquel estaba protegiendo con armas y dinero á las partidas de constitucionalistas, que habían estado ya por días enteros de guarnición en la hacienda de la Providencia.

En realidad parece que Piélagó había dado parte al gobierno de Casanova, de aquella importante aprehensión y estaba esperando instrucciones.

El 18 se presentó á Piélagó un grupo de vecinos acomodados y uno de ellos le expuso: que supuesto que sólo se trataba de imponer una multa al señor Herrera y Cairo por su conducta como partidario, la cual se quedaba á salvo de otra clase de consideraciones, pues ellos no se mezclaban en política, que sólo por tratarse de un benefactor del pueblo, estaban dispuestos á pagar los cinco mil pesos.

—No son cinco mil pesos, contestó Piélagó riéndose, ¿cómo había de soltar yo á un preso tan importante como Herrera y Cairo por tan corta cantidad, para que después se me hicieran cargos? Yo solamente lo pondré libre por diez mil pesos que es lo menos que necesito para pagar sus adeudos á mis soldados.

Ante esta declaración, los respetables vecinos se quedaron atónitos, pero no desalentados, y entonces ofrecieron ir á ver si era posible que se reunieran los diez mil pesos, si no todo en efectivo porque no había suficiente numerario, á lo menos la mayor parte y el resto en víveres que fueran útiles para la tropa.

En la noche del mismo día se presentaron, manifestando que darían seis mil pesos en efectivo y cuatro mil en granos y géneros.

Piélago no los recibió, mandándoles decir que volvieran al día siguiente, á las once de la mañana.

Estuvieron muy puntuales los vecinos. Piélago los recibió en la sala y cuando le hicieron presente los sacrificios que habían hecho para reunir tan respetable suma, Piélago les dijo:

—Voy á ser franco con ustedes. El delito que ha cometido ese hombre, está comprendido entre los que merecen pena capital. No le he mandado formar un Consejo de guerra porque no es necesario; pero ya está sentenciado y probablemente será ejecutado mañana. Sin embargo, si ustedes pueden dar un rescate de veinte mil pesos, acaso conseguirán salvarlo.

—Señor teniente coronel Piélago, exclamó uno de aquellos honrados vecinos, sin poder ya disimular su indignación. Usted nos ha dado ayer su palabra de honor de que el señor Herrera y Cairo, sería puesto en libertad, si nosotros entregáramos diez mil pesos.

—En primer lugar, yo no he dado mi palabra, como no la doy ahora por los veinte mil pesos. En segundo lugar, ustedes mismos confesaron que no traían más que seis mil pesos en efectivo.

—Pero ofrecimos en valores el resto, en valores que son indispensables para la tropa.

—No quiero valores, quiero dinero efectivo, y no trayéndolo, estoy en mi derecho para doblar la cantidad. Ahora exijo veinte mil pesos, en pesos fuertes, y sin un centavo menos; pero en el término improrrogable de dos horas.

—Veinte mil pesos no los reunimos aquí nunca, exclamó uno de los vecinos con desaliento.

Pero otro más enérgico, exclamó luego:

—Señor teniente coronel, ¿nos da usted ahora su palabra de poner libre al doctor, si dentro de dos horas le traemos veinte mil pesos?

Piélago se quedó reflexionando, consideró como imposible que pudieran reunir tal suma en tan corto plazo, y contestó con resolución:

—Les doy mi palabra.

Los vecinos se retiraron lentamente, unos completamente descorazonados, otros llevando en el corazón un rayo de esperanza.

A las dos horas justas volvieron: Piélago se estremeció y aun pensó en negarse á recibirlos; pero observó que no llevaban el dinero, cosa que podía verse bien porque entonces no había billetes de Banco y dejó que entraran. Cuando se les presentó en la sala, uno de los vecinos se adelantó, presentándole un papel:

—¿Y qué es esto? preguntó Piélago.

—Un giro mercantil sobre Guadalajara.

—¿Un giro mercantil?

—Sí, señor, una libranza pagadera á la vista por la casa de Blumen, en Guadalajara.

—Yo no entiendo de giros ni de libranzas, yo entiendo de pesos.

—Este papel representa veinte mil pesos.
 —¿Y si no se paga?
 —Se pagará seguramente.
 —¿Y quién me responde?
 —Todos nosotros con nuestras vidas y haciendas.
 —Señores, exclamó Piélagos fingiéndose enojado, esto parece un juego: Yo he pedido pesos, talegas de pesos, ¿entienden ustedes? yo no quiero papeles ni firmados por el Padre Eterno.
 —Pero señor, nosotros nos constituimos garantes.....
 —Y yo quedo libre de todo compromiso una vez que han transcurrido las dos horas y ustedes no me han traído veinte mil pesos, en pesos. Es negocio terminado.

Piélagos se levantó y se salió de la sala.

Los vecinos se fueron consternados. Los demás que había en la calle esperándoles, así como las familias que los vieron pasar, derramaron lágrimas al notar que ellos mismos iban llorando.

—El doctor está perdido, está perdido, decían á los que les preguntaban, el señor Piélagos se muestra inflexible, no quiere dinero, no quiere nada, lo que quiere es sacrificar al querido doctor Herrera y Cairo.

Piélagos entre tanto se tiraba de los cabellos, exclamando:

—¡Y ese maldito extraordinario que no vuelve de Guadalajara!

Llegaría ó no llegaría el correo que Piélagos esperaba de Guadalajara, lo cierto es que acercándose al cuarto del doctor, dijo á Pedro el oficial de sus confianzas:

—¿Cómo está el prisionero?

—No se mueve, ó es de miedo ó es que espera que los suyos se apuren mucho para conseguir su libertad.

—Pero no lo han conseguido.
 —¿Y lo conseguirán?
 —No. Estoy ya resuelto á fusilarlo.
 —Salvo la respetable opinión de mi superior, yo hubiera hecho eso mismo, sin salir de la hacienda de la Providencia.

—Allí habrían dicho que era un asesinato, mientras que aquí el acto tendrá mayor solemnidad.

—¿De manera que puedo prevenirlo?

—No es necesario. Mañana se le saca á las seis de la mañana y se le lleva al sitio que ya tengo elegido en que mandaré formar el cuadro.

—Muy bien, mi coronel.

—Aun no: todavía soy teniente coronel. Después de este servicio que presto á nuestra causa, es seguro que me vendrá de México el despacho de coronel. Ese vale más que los veinte mil pesos que me daban estos majaderos.

Pedro se conmovió y dejó escapar una lágrima.

Desde muy temprano hubo movimiento de tropas y en el mismo alojamiento de Piélagos se oyó ruido de espadas, de caballos y de fusiles. Herrera y Cairo se figuró que iban á conducirlo ya á Guadalajara, cuando se le dijo que se pusiera en el centro de la escolta.

—¡En fin! murmuró, va á desenlazarse esta situación extraña.

Cuando llegaron al punto en donde estaban formadas todas las tropas, comprendió por qué tantas señoras al verlo pasar lloraban ó enclavijaban las manos.

—Van á fusilarme, dijo en su interior; pero ¿por qué, Dios mío?

Entonces dirigiéndose á Pedro Ordóñez, que siempre estaba encargado de su custodia inmediata, le dijo:

—Veo que se trata de fusilarme, según parece, ¿puede usted decirme el motivo?

—Por el delito de conspiración.

—Está bien. ¿Y qué jueces son los que me han condenado?

—El señor teniente coronel Manuel Piélagos.

—Esto es inusitado, incomprensible. Yo creo que al menos se me permitirá despedirme de mi familia, dictar algunas disposiciones. . . .

—La única disposición que se podría dictar sería mandarle llamar un eclesiástico para que se confesara; pero siendo usted impío. . . .

—Señor, ¡por Dios! yo no comprendo esto.

—Calle usted, ya me ha hecho hablar más de lo necesario y me está prohibido. Además, hemos llegado.

Pedro empuñó su espada y se dirigió á donde estaba Piélagos, montado á caballo con algunos oficiales, cuadrándose delante de él, esperó á recibir órdenes.

—La ejecución se verifica en aquella tapia descubierta. No se permite á ninguna persona que entre al cuadro formado por la tropa. Usted da las voces de mando.

Pedro, que era oficial recientemente hecho, que nunca había visto ningún fusilado, que no sabía nada sobre el particular, no dejó de ponerse densamente pálido; pero no queriendo dar su brazo á torcer, se dirigió con el preso al sitio indicado, lo mandó vendar y le dijo:

—Arrodillese usted.

—¿Por qué me he de arrodillar? preguntó el doctor. Asesinenme ustedes de pie, puesto que se trata de un asesinato. Yo no soy criminal.

—Soldados, exclamó entonces el nuevo oficial con la voz temblorosa, preparen las armas.

